

En una de las miserables chozas de indios, asomaba en aquellos momentos una delicada y blanca mano, en actitud de abrir la puerta; apareció luego todo el brazo, que era de las mas hermosas y mórbidas formas, y al fin una encantadora niña, que jamás, tal vez, habria imaginado tener que vivir algun dia entre salvajes y en lo mas espeso de los bosques vírgenes.

Era Arabela, hermana del Gobernador de Varinas, vestida con un lijero túnico blanco, porque el vestido exterior que tenia puesto en la noche terrible del raptó, se habia destruido, á consecuencia del tiempo trascurrido y del mal trato de las manos de las indias ladronas.

Y sin embargo, este vestido sencillo, que procuraba tener siempre aseado, realzaba mas su hermosa figura; haciendo mas notable la armonía de sus formas.

Solo una cosa habia desaparecido en Arabela, y era la expresion amable de la inocente é infantil jovialidad, que antes se pintaba en su rostro. Unicamente habia quedado en sus nobles facciones esa fria altivez, que ya en otras ocasiones habia demostrado, cuando se trataba de lastimar su amor propio ó su pudor femenino.

Y en efecto, á esta fria altivez y un algo imponente que proporciona la fuerza de corazon de un ser fuerte de espíritu, debia Arabela su salvacion y la de Julia.

Ambas portaban todavía ocultas en su seno, y envueltas en hojas de palma, las puntas de flecha envenenadas, de que aún no habian tenido necesidad de hacer uso, como medio absolutamente extremo de salvacion. El as-

#### CAPITULO XIV.

##### El Piache.

Acababa de salir el sol; sus rayos doraban las cimas de los árboles, y una lijera brisa movia las coronas de la palma pirijao, que extendia sus troncos armados de puas, hasta una altura de sesenta á ochenta piés, convidando á tomar su fruta que en su forma y color se parece al durazno, y contiene una materia harinosa, dulce y muy nutritiva, constituyendo uno de los alimentos mas sanos y agradables de los indios en aquellas regiones. (1)

(1) La descripción de esta palma se halla en la obra de Humboldt, intitulada: "Nova genera plantarum equinoctialium."

pecto grave y firme de Arabela, casi semejante al de una reina, y las miradas de sus negros ojos llenos de fuego, eran el querubin con la espada amenazadora, que hacia la guardia del paraíso de su pureza virginal.

Era en efecto un fenómeno verdaderamente extraordinario, que esta niña dominase casi solo con sus miradas y ademanes á los salvajes y apasionados guerreros.

Ella, la prisionera, la blanca odiada, la esclava conquistada como botin de guerra, habia conseguido que el viejo Apoto la tomase bajo su proteccion, juntamente con su amiga. Aunque ambas quedaron como una propiedad de los hijos del anciano, fueron dispensadas, mediante la proteccion de éste y conforme á un uso antiguo, de las pretensiones de aquellos, hasta principios de la estacion de aguas.

El Apoto no habia separado á las amigas, y les dió una choza independiente. De este modo, aunque bien vigiladas, fueron reputadas por los demás indios como vehucos, lo que quiere decir: «prendas consagradas al Gran Espíritu.»

Tal vez para esto habria contribuido la noticia de que Arabela no era hija del propietario Sanchez, tan odiado de los Caribes, sino hermana del Gobernador de Varinas, cuyo suave y humano comportamiento reconocian aun los mismos indios. El Caribe que habia sido esclavo de los Sanchez, y que tomó á su cargo la expedicion al Diamante y la destruccion de aquella hermosa hacienda, confirmó tambien el origen de Arabela, designando

solamente á Julia como hija de su tirano. Lo mismo decian los exploradores que ponian los indios, para saber si se organizaba contra ellos alguna expedicion. Por ellos se sabia, ademas, que el Gobernador se hallaba en extremo afectado, por el rapto de su hermana, y habia hecho todas las pesquisas necesarias para encontrarla. Pero ¿qué podia hacer con un puñado de soldados, en un país tan extenso y cubierto de bosques impenetrables? Además, le faltaba toda huella para descubrir á los raptos. Por lo que respecta á los negros esclavos, habia logrado aprehenderlos en su mayor parte al siguiente dia del incendio del Diamante, castigándolos como rebeldes, asesinos é incendiarios; pero los astutos caribes habian desaparecido con las mismas precauciones con que ejecutaron su invasion. Así es que de nada servia al Gobernador el haber tenido noticia de que los raptos de su hermana pertenecian á aquella tribu, la cual se hallaba diseminada en pequeñas fracciones, desde el Orinoco superior é inferior, hasta los llanos, así como en los bosques del Apure, Arauca, Meta, Villada, y aun en la Esmeralda y Sierra de Rinocote. A todas las misiones se mandaron correos por parte del Marques del Toro, y de todos ellos se pusieron exploradores en busca de Arabela; pero todo fué en vano, porque la horda, á cuya cabeza se encontraba el *Uña de Aguila*, era demasiado astuta y previsora para dejarse descubrir y sorprender.

Todo esto habia manifestado el anciano Apoto á

Arabela, para persuadirlas de que no habia esperanza de ser libertadas y que debian resignarse á su suerte.

Arabela recibió esta indicacion con la frialdad y el orgullo que le eran peculiares en estos casos; mientras que Julia se sometia á la voluntad del cielo con la mayor humildad; mas nadie penetraba lo que estaba pasando en el alma de Arabela. Quanto mas tranquila parecia en el exterior, tanto mas profundamente sufría por la pérdida de su libertad, lamentando dentro de sí la ausencia de su hermano, la de su maestro y la de su novio; pero ni una lágrima humedecía sus ojos, ni una queja asomaba á sus labios. Ella conoció con su clara inteligencia, que era casi imposible una fuga, y que otra esperanza de salvacion era remota; pero su firmeza y su valor no la dejaban renunciar del todo á esta esperanza, estando preparada como ya se ha visto, para el caso extremo.

Respecto de Julia, era muy diferente. Faltándole en su totalidad la fuerza de ánimo, decaía tambien en lo físico. Su abatimiento procedía particularmente de la idea de hallarse expiando los crímenes de su familia, y esta idea, á la cual daban mucho pábulo sus opiniones religiosas, la habria hecho sucumbir del todo, dejándose sacrificar maniatada en manos de los Caribes, si Arabela no hubiera procurado levantar su espíritu constantemente.

Sin embargo de estos esfuerzos, Julia que se habia enfermado de fiebre, á causa de sus desgarradores pesares,

sufrió un insomnio, y esperaba con ansia la aparicion del nuevo dia. Apenas habia salido el sol, cuando Arabela abrió la puerta de la choza, y seguida de su amiga dió un paseo afuera, gozando de la espléndida naturaleza.

Julia se apoyó, débil y pálida, en el brazo de su amiga. La corriente de aire fresco le hacia bastante bien, calmando el fuego de su ardorosa frente. Reinaba en el bosque una completa calma; los pájaros trinaban, brincando alegremente en las ramas de los árboles, cuyo follage se encontraba en todo su verdor; pero esta calma y esta magnificencia de la naturaleza, influían poderosamente en el corazón oprimido de la enferma. Ella comprendió vivamente su situación, y recordando lo que habia perdido, prorumpió en un copioso llanto.

Arabela se hallaba profundamente conmovida. El dolor silencioso de su amiga era mas difícil sobrellevarlo, porque faltaba el desahogo, y tambien á ella producía esa calma de la naturaleza un sentimiento tan penoso, que tenia que comprimir los labios para ocultar aquella impresion que desgarraba su alma. Sin embargo, muy pronto logró reanimarse, y se esforzó entonces en consolar á su amiga.

—¡Cálmate, amada mía! le dijo con dulzura; tu indisposicion pronto pasará, y cuando logres recobrar tus fuerzas, procuraremos encontrar los medios de realizar nuestra fuga.

Julia no cesaba de llorar.

—No te desalientes, continuó Arabela. Aunque estamos estrechamente vigiladas y no tenemos de pronto ninguna expectativa para evadirnos, pueden cambiar las circunstancias. Tal vez vendrá á favorecernos alguna feliz casualidad, y si procuramos conservar nuestra calma y entereza de ánimo, podremos conseguir lo que hoy nos parece irrealizable. El Apoto es un Caribe, y observa fielmente los usos y leyes de su tribu; pero bajo su exterior grave y taciturno, oculta un corazón noble. Yo juzgo que experimentaría placer en que escapáramos.

—¿Y sus hijos? preguntó Julia con un ligero estremecimiento.

—Ellos acaso expondrían su vida por poseernos; pero estamos consagradas como *vehucos* hasta la estación de aguas, y tenemos tiempo para esperar algo favorable.

—Nada espero, contestó Julia abatida; ¡que se cumpla la voluntad de Dios!

Arabela guardó silencio por un momento; pero luego, con un suspiro que indicaba la paciencia de que había menester para contrariar la exagerada resignación de Julia, replicó:

—Te ruego que recobres tu ánimo, y que deseches tu preocupación religiosa que podría perdernos.

—¿Y hago mal cuando me someto con humildad á

la voluntad de Dios? preguntó Julia, inclinando tristemente su bella cabeza.

—Sí, contestó Arabela decididamente; hasta cierto punto haces mal porque exageras; aunque es muy noble, bello y piadoso tener confianza en la voluntad de Dios, debemos obrar como si el éxito dependiese enteramente de nosotras.

—En esto hay una contradicción, contestó Julia.

—Pero solo en apariencia, contestó Arabela.

—No podemos anhelar un éxito, que del todo penda de nosotras, cuando tenemos la conciencia de no ser los árbitros de nuestro destino.

—Y sin embargo, se explica con facilidad esta contradicción aparente, contestó Arabela, si ese sentimiento de humildad de nuestra insuficiencia se combina con una actividad resuelta y bien pensada por nuestra parte. Según mi opinión, Dios no ha de permitir que perezcamos miserablemente entre estos salvajes; de manera, que depende de nosotras emplear toda nuestra astucia y energía, para contrarrestar la suerte que nos espera, quedándonos aquí. Para esto nos ha dado Dios la razón y el buen juicio. Si no logramos la fuga, la volveremos á emprender, porque también la perseverancia es un don divino, y si todos nuestros esfuerzos son inútiles, entonces..... reconoceremos en esto un aviso del cielo, y.....

Arabela se interrumpió, porque en estos momentos se presentó el anciano Apoto, seguido de un hombre de un exterior muy extraño. La diferencia entre estos dos personajes era tanto mas sorprendente, cuanto que todos los movimientos del Apoto, que tenían bastante de serio y digno, contrastaban notablemente con los de su compañero, que era un indio de maneras ridículas y extravagantes.

La cara, el pecho y los muslos de este personaje, estaban pintados con onote. Su cabeza se hallaba adornada de una especie de diadema, compuesta artificialmente de plumas de ave, de diversos colores. En la cintura llevaba un ceñidor de colas de tigre, las cuales hallándose aseguradas solamente en una de sus extremidades, se movían como serpientes en los cambios de posición que continuamente ejecutaba el indio, como si estuviera danzando. Al rededor del cuello, portaba unas correas de vaca marina, de las cuales pendían algunos adornos de piedras de color verde. Por extraño que fuese el aspecto de este personaje, conoció luego Arabela su rango. Era un Piache, uno de aquellos hechiceros, tan altamente estimados en las tribus de indios, que son á la vez médicos, sacerdotes y prestidigitadores. Ellos son los que por encargo de las hordas se dirigen á los bosques y tocan una trompeta sagrada, formada de barro, llamada *botuto*. Esta operacion la ejecutan debajo de la palma sejú, para obligar á este árbol á que dé mucho fruto en el año siguiente. El pueblo paga por esta ce-

remonia, como se paga entre los mongoles, moros y otras naciones á sus sacerdotes, para que destruyan, por medio de oraciones, á las hormigas blancas y á la langosta, convirtiendo la mucha lluvia en una gran sequía, ó viceversa, en una palabra: para que trastornen el orden de las estaciones. (1)

Pasando estos Piaches por médicos, comprendió luego Arabela lo que significaba esta visita. El anciano jefe sabía que Julia se hallaba enferma de fiebre hacia algunos dias, y por esto habia mandado traer al Piache de una horda vecina, para que la curara.

—Mi hija está enferma, dijo el Apoto, con la calma y dignidad que le eran geniales. Su padre le trae al Piache, para que la cure.

—La hija dá gracias á su padre, contestó Arabela en nombre de Julia, y tomará con gusto una medicina saludable.

—Entonces pronto sanará, opinó el Jefe.

—Difícilmente, contestó Arabela.

—¿Y por qué no?

—El Piache será sin duda un hombre muy hábil; pero ¿podrá curar tambien los corazones? preguntó Arabela dirigiéndose al Jefe.

—Mi hija habla con palabras ininteligibles, contestó el Apoto.

(1) Palabras textuales de Humboldt.

—Entonces hablará mas claro. Si el Apoto, que es un jefe valiente, cayera en manos de sus enemigos.....

—Se llama Uña de Aguila, replicó el anciano con orgullo, sintiéndose algo lastimado con la suposición de este caso.

—Su hija conoce el nombre que le han dado los guerreros por su valor. Sabe que jamás los enemigos han puesto la mano sobre la cabellera del Uña de Aguila, y que debe considerarse irremisiblemente perdido el enemigo que caiga en sus manos.

Las facciones del Apoto fueron menos duras.

—Y sin embargo, continuó Arabela con entereza, tambien el Apoto es hombre, sujeto á la desgracia como los demás, y si lo quiere el Gran Espíritu, podrá caer en manos de sus enemigos.

Siguió una pausa, porque en el salvaje luchaba visiblemente el orgullo del guerrero, con su veneración al Gran Espíritu y con la conciencia de no ser en efecto mas que un hombre. Pareció al fin haber vencido lo último, y contestó:

—Puede que sea así.

—Y si el Uña de Aguila no podia entonces huir ¿no se enfermara su corazón con el cautiverio, como hombre acostumbrado á la libertad?

—Así seria.

—¿Y cree el Apoto que un corazón enfermo podrá curarlo el Piache con sus medicinas?

—¡Jamás! ó se curaria á sí mismo, ó se moriria.

—Mi padre ha hablado como un grande y valiente guerrero, contestó Arabela. ¿Por qué cree, pues, que el Piache podria curar el corazón enfermo de la niña blanca?

—La hormiga y el águila son seres muy diversos... Tambien lo son los guerreros y las mujeres.

—El Apoto tiene razon, si habla de las mujeres de la piel oscura; pero se engaña, si habla de las hijas de los blancos.

Otra pausa. El anciano jefe conoció que en estas palabras habia una gran verdad, á lo menos por lo tocante á Arabela. Las mujeres de su tribu no se consideraban sino como animales domésticos, y..... madres; mientras que Arabela, con su fuerza de voluntad, valor y resolución, cualidades que estima sobremanera el salvaje, imponia á todos. Sin embargo, no era fácil que preocupaciones nacidas y arraigadas por muchos años, se destruyesen instantáneamente, como por encanto, y por lo mismo Arabela, no dejaba de ser á los ojos del anciano, otra cosa que una mujer, aunque en su interior le profesaba la estimación que habia sabido grangearse.

—El Uña de Aguila sabe, dijo el anciano con su reposo acostumbrado, que en sus tribus y en las de los hombres blancos, hay Aikeambenanos [amazonas]; pero no le agradan. Al guerrero corresponden el acero y la flecha, la sangrienta cabellera del enemigo y el botin de la caza. A la mujer, la preparación del maíz y del mai-

mure. (1) Que sane primeramente la niña, y despues volverá á hablar con ella su padre.

Pronunciadas estas palabras, indicó á las niñas, con una seña, que se volviesen á la choza. Arabela llevó á Julia, y ambas fueron seguidas del Apoto y del Piache.

Llegadas á la habitacion, dió el médico á entender á la enferma, que se acostase en una de las pieles de tigre con que estaba entapizado el suelo, cuyo adorno solo se encontraba en la choza del anciano. Julia como siempre, obedeció, sin proferir una palabra, temblando de temor y de calosfrio. Arabela se habia retirado con una gravedad silenciosa, para no ser un obstáculo á los procedimientos ridículos del Piache; pues aunque le repugnaban, sabia que estos individuos poseen conocimientos de las medicinas que proporciona la naturaleza, para combatir las enfermedades, y que las aplican ventajosamente á los pacientes, aunque acompañadas de cierto charlatanismo, que tambien es comun entre algunos médicos del mundo civilizado.

El Apoto se habia sentado sobre una concha de tortuga, detras de la pared opuesta á la que ocupaba Julia, y guardaba un profundo silencio. Luego empezó el Piache su curacion, contrayendo las facciones de su cara pintada de encarnado. Hizo movimientos al compas, con bra-

(1) Una especie de enredadera, muy útil, de que hacen los indios esteras y canastos.

zos y piernas, á manera de un danzante, y habiendo seguido así al rededor de la enferma por espacio de media hora, acompañando sus movimientos con una especie de canto monótono, quitó de su cuello una de las correas que le adornaban, de la cual pendia una piedra color de esmeralda y la puso en el cuello de la enferma. Esta era una piedra llamada de Amazonas. La supersticion de los indios le dá grande importancia, y la llevan en el cuello como amuleto, porque creen que precave el dolor de nervios, la fiebre y las picaduras de serpientes venenosas. (1)

Pero antes de que la piedra con la correa pasara al cuello de Julia, aconteció una escena rara. El Piache presentó el amuleto primeramente al Apoto y despues á Arabela, para que lo besaran. El anciano cumplió con esta ceremonia con grave dignidad; pero cuando se acercó el Piache á Arabela, y ésta le indicaba con ademanes que besara tambien la piedra, erguió con orgullo su cabeza, y ya iba á rechazar las manos del Piache, que contenian la correa, cuando observó que este personaje sacaba con mucha precaucion un pedazo de pergamino del interior de la piedra. Una mirada cambiada violentamente con éste la convenció de que el pedazo de pergamino era para ella, y que debia evitar que lo

(1) Humboldt reconoció que estas piedras pertenecen á la especie de nefrito, que se acerca al espató calizo.

viera el Apoto. Con la violencia del rayo le animó la esperanza; y luego, tomando la piedra y llevándosela á los labios, sacó la tira, como del tamaño de un dedo, sin ser observada por el Apoto, pasando en seguida el amuleto al cuello de la enferma. Arabela ocultó el pergamino en su seno, temblando de alegría y de ansiedad, para descifrarlo despues.

Joloquiamo, el espíritu maligno, habia salido al fin de la enferma, y solo restaba al Piache darle una bebida, que consistia en una infusion de la fruta aromática, de un magnífico árbol de sesenta piés de altura, que los colonos llaman *fruta de burro*, que es una anona. (1)

Otra danza de media hora formó la conclusion de la ceremonia, dejando luego el Piache la choza, sin proferir una palabra, despues de haber caido la enferma en un ligero sueño.

Arabela, cuyo corazón palpitaba fuertemente, siguió con miradas ansiosas á los que se ausentaban, y luego salió de la puerta de la choza, para cerciorarse de que nadie habia que la observara. A poco volvió á la choza, y sacó de su seno con mano temblorosa la tira de pergamino. Apenas podia leer, por la emoeion que experimentaba, los pocos caracteres que contenia, y que decian lo siguiente:

(1) Esta eficaz medicina para los febricitantes es conocida en todas las misiones, por cuya causa la tienen siempre á la mano.

«¡Valor! estoy cerca de vosotras. Seguid sin recelo alguno, lo que os aconseje el portador; pero con precaucion. Dentro de pocos dias estareis libres.

*Padre Acosta.»*

Arabela respiró: salian de sus ojos lágrimas de alegría. Luego cayó de rodillas para dar gracias á Dios de la ayuda que le esperaba.

CAPITULO XV

En el Rio Negro